



RECENSIONES

Carlos Fernández Rodríguez, *Los otros camaradas. El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, 1.092 páginas, por José Luis Martín Ramos (Universidad Autónoma de Barcelona)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2021.5904>

Quienes tengan el vicio de saltarse las introducciones deben evitarlo en este libro. La introducción da las claves fundamentales con las que Carlos Fernández ha querido aproximarse a la historia del Partido Comunista de España en los más duros años de su vida. En ella escribe “el verdadero protagonista de este libro es la militancia comunista de base”, y añade más adelante otra clave: “el militante comprometido” que “interiorizaba que pertenecía a una organización reprimida y clandestina donde estaba sometido a una autoridad, actuando de una manera disciplinada frente a una línea política dirigida desde una estructura de orden superior”. Es una confesión de intenciones, que se cumplen en buena medida, pero no en toda porque el libro aporta otra historia, la de la clandestinidad y la represión, con sus consecuencias oscuras, de desconfianza y traición, y también sus consecuencias heroicas de lealtad, también la personal, y resistencia. Una historia frecuentemente trágica, salpicada con el dolor de las torturas refinadas por las “enseñanzas” de los agentes alemanes que asesoraron a la policía franquista; que hoy es muy difícilmente comprensible – lo hemos experimentado muchas veces con nuestros alumnos- si no se tiene en cuenta que entonces, en esos años todavía se pensaba que era posible asaltar los cielos, cambiar ya el mundo de base. Unos años en los que imperó de nuevo la máxima de Tertuliano. Una confesión que insiste, por otra parte, en la valoración de la “militancia de base”, aunque luego resulte que la gran mayoría de las militancias y peripecias que nos explica son de cuadros; algo inevitable, porque la militancia efectiva de un partido comunista de la época y aún más si es clandestino es la de ser o convertirse en cuadro, precisamente por mayor compromiso militante. Quizás no sea ocioso la respuesta que en un congreso le dio el antiguo secretario general del PSUC, Gregorio López Raimundo, a un destacado historiador que jugaba con la

dicotomía entre militancia de base y dirigentes: te olvidas, le dijo, que yo también soy un militante.

Esa compleja relación en el mundo comunista entre militantes y cuadros, entre base y dirección, va aflorando a lo largo del libro, precisamente a través de la reconstrucción del partido en la clandestinidad, no solo de su reconstrucción organizativa sino también de su reconstrucción política. En lo que se puede considerar la primera parte del libro, hasta que la dirección del PCE en Francia, ejercida por Monzón, va tomando el control de la organización del interior a partir de comienzos de 1943, los protagonistas son fundamentalmente los militantes, que se promueven a sí mismo en cuadros en la mayor parte de los casos; en una dinámica de supervivencia, muy a ras de suelo, cuya voluntad de supervivencia también política es la que, en definitiva, explica el ascenso a la dirección del interior de Heriberto Quiñones, no impuesta por ninguna estructura inmediata sino por la confianza de esos militantes-cuadros. Sin embargo, a partir de la entrada en escena de Monzón, que coincidirá poco después con el desembarco de cuadros enviados por la dirección del PCE, instalada en México, el protagonismo lo irá cobrando el conflicto de direcciones, de dirigentes, de políticas; la carrera por el control de un partido que está pasando de la supervivencia simple a una expectativa de permanencia clandestina más estable y sobre todo de la posibilidad de desarrollar, ahora sí, una determinada acción política en la perspectiva de la derrota de las potencias fascistas y de que ésta se lleve por delante la dictadura de Franco. Es la segunda parte.

Una cierta diferencia – no explicitada formalmente en el libro- que también aparece en las fuentes utilizadas, la naturaleza e incluso las formas del relato histórico de Carlos Fernández. En la primera, su base casi exclusiva – salvo un puñado de aportaciones historiográficas- son las fuentes primarias, la documentación del estado franquista, de sus aparatos represivos policiales y judiciales y la documentación interna del PCE, más alguna entrevista con testimonios; es un trabajo de investigación nada fácil que tiene que enfrentarse, más que en otras circunstancias u otro tipo de fuentes, con la elevada subjetividad y parcialidad de los autores de esa documentación. Las confesiones bajo tortura o simplemente intimidación –en un contexto de dictadura- solo pueden ser consideradas como pistas para una reconstrucción de los hechos que necesita otras y un esfuerzo de crítica y objetivación. Los informes elaborados por cuadros del partido, a instancias de la dirección, sobre todo los que tenían por objeto “enjuiciar” los comportamientos de Quiñones o Monzón, hay que tomarlos con pinzas y solo por el borde del papel; un ejemplo de su mendacidad es la lamentable atribución que Montoliu le hizo a Monzón

de ser un agente inglés por el hecho de fumar rubio y vestir con traje. La pelea, muy difícil y frecuentemente embarullada, que el investigador tiene con ese tipo de fuentes hace que el relato que el autor nos hace se embarulle en ocasiones, con repeticiones e idas y venidas cronológicas. El lector habrá de tener alguna paciencia, pero el esfuerzo merece la pena porque esta parte de investigación es, en mi criterio, lo mejor del libro. Solo por ella *Los otros camaradas*, habrá de ser referencia obligada en el tema.

En particular, el relato que se hace de la etapa en la que Quiñones dirigió la reconstrucción del PCE en el interior, mejora con mucho el conocimiento escaso que teníamos de ella; aportando detalles sobre la organización territorial extendida por toda la geografía española. He de decir que en lo que yo conocía, la catalana, deja muy atrás lo publicado hasta ahora, empezando por mi propio trabajo publicado en 2002 (*Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*); en él no había conseguido establecer de manera concreta la relación con la dirección de Quiñones, cosa que sí hace Carlos Fernández, que incluso da el nombre de su instructor en Barcelona -algo que me llevó de cabeza y que llegué a dudar de que existiera-, Manuel Murillo. Si comparamos lo que el libro aporta sobre otros territorios, en ese período, con las publicaciones de que disponíamos constataremos también el mejor conocimiento que nos aporta Carlos Fernández. Resulta relevante porque el estigma de traidor con que se marcó, injustamente, a Quiñones ha significado un menosprecio general sobre la situación y el avance militante y organizativo del PCE durante aquel período. Y, para acabar con esta parte, no resisto la tentación de señalar el recuerdo que hace Carlos Fernández de la participación de Manuel Gutiérrez Mellado, entonces capitán destinado en el Servicio de Inteligencia de la Policía Militar, en el episodio del asesinato del comandante Gabaldón, incluida la participación en interrogatorios; una parte de la vida del militar que sigue en la penumbra.

La segunda parte es una síntesis, con algunos retazos de investigación sobre fuentes primarias. Sigue siendo una parte útil, aunque no es tan novedosa. Incluso el remate final, con la llegada de Santiago Carrillo al Sur de Francia -etiquetada de manera que me parece exagerada como “la subida al poder de Carrillo”- resulta precipitado con una explicación bastante tópica y algo deficiente, de la recuperación del control de las organizaciones de Francia y España por parte de la dirección del PCE y del PSUC, aunque ésta fuera – por decisión de la primera- más tarde. Hay algún error producido por un seguidismo excesivo de las fuentes y he de señalar uno en que ese seguidismo es a una fuente de segunda o tercera mano, un Informe de la Dirección General de Seguridad de agosto de 1944 - que forma parte de la documentación que retiene el

Archivo de la Fundación Francisco Franco- sobre la “Alianza Nacional de Cataluña” en el que se supone un enfrentamiento interno en el PSUC y una deriva separatista de una parte de este que sería la que habría participado en la tal Alianza, también considerada separatista. Esa información es un despropósito, la Alianza fue promovida por el PSUC, en el Sur de Francia y en el interior, en este caso sin éxito, con conformidad de la dirección del PCE; nunca tuvo una orientación separatista, pero ese supuesto erróneo se refuerza en el texto de Carlos Fernández incorporando una información del *Front Nacional de Catalunya*, que sí era independentista, que no viene a cuento porque ni formó parte de la Alianza Nacional de Cataluña ni tenía ninguna simpatía por los comunistas, todo lo contrario. El uso de esa peculiar fuente primaria tenía que haber sido contrastado con la bibliografía existente; cosa que ocurre en otros momentos cuando Carlos Fernández se aventura en el jardín de las alianzas de la oposición antifranquista entre 1944 y 1945, escasamente apoyada en bibliografía existente. También reincide en el error de Gregorio Morán de atribuir el asesinato de Pere Canals a una decisión de Carrillo. A cada uno lo suyo, la decisión de llamar a Canals a Francia, en contra de la protección que le estaba dando Carrillo, correspondió al secretario general del PSUC, Joan Comorera, que le atribuía haber obedecido sus órdenes desde 1943 y haber pretendido subordinar el PSUC al PCE, también orgánicamente; la de su destino también debió corresponderle a este último.

Estas últimas puntualizaciones no desmerecen la obra. El libro de Carlos Fernández es un trabajo honesto, laborioso, documentado, transparente en sus intenciones. Es una historia de comunistas en la situación más extrema que les tocó vivir. Es lo que anuncia que quiso hacer y lo que le es exigible. Una aportación documentada, que vale la pena el esfuerzo de leer mil páginas, alguna de ellas agobiantes por la enumeración de nombres. Una enumeración que no sólo es una exigencia en el planteamiento del autor, sino algo ineludible porque la simple cuantificación no comunica por sí sola la realidad de un grupo humano; una persona no es un número, sino un nombre, un trabajo, una determinada circunstancia social y este es un libro sobre personas militantes. No es, aún, toda la historia del PCE en la clandestinidad de aquellos años, ni parece que haya pretendido serlo. No hay, por ejemplo, el relato de su incidencia real más allá de la organización del partido, en las fábricas, en los barrios y en las cárceles también; salvo alguna mención esporádica no detallada. Pero es la primera piedra para esa historia, el relato de la reconstrucción de una militancia y una organización, sin la cual todo lo demás no podría llegar a producirse.